

PEQUEÑO GRAN HOMBRE

Thomas Berger



Frontera 

Thomas Berger (1924-2014), originario de Cincinnati, escribió un buen número de novelas de corte humorístico, la mayoría sátiras de diferentes géneros como la novela negra, la ciencia ficción o el ciclo artúrico. *Pequeño Gran Hombre* (1964), considerada por la crítica una de las más destacadas novelas western de la historia del género, es una memoria ficticia, una narración de aventuras con toques de humor, una novela histórica bien documentada así como un homenaje al viejo Oeste.

La novela nos presenta a un ocioso rentista aficionado a las antigüedades indias al que se le brinda la ocasión de entrevistar en un asilo a un irascible anciano de más de cien años, el viejo Jack Crabb, que asegura ser el único superviviente blanco de la batalla de Little Bighorn. Durante cinco meses relata al incansable visitante su azarosa vida: primero fue niño blanco y luego niño y guerrero cheyenne con el nombre de «Pequeño Gran Hombre», tras el asesinato de su familia por los indios. Le cuenta que después se ganó la vida como jugador de ventaja y buscador de oro, y cazador de búfalos, y explorador del ejército... e incluso llegó a ser confidente del general Custer y amigo de Wild Bill Hickok.

Valiéndose de las memorias de este fascinante personaje de vida aventurera, Thomas Berger nos propone un recorrido nostálgico y cargado de ironía por destacados episodios históricos, como las batallas de Washita, Sand Creek, Solomon's Fork o Little Bighorn, y recrea personajes reales del legendario Oeste como Custer, Wild Bill Hickok, Caldero Negro, Cuchillo Sangriento, Dos Lunas y otros muchos.

Pequeño Gran Hombre fue adaptada al cine en 1970 por Arthur Penn, con un joven Dustin Hoffman en una de las interpretaciones más destacadas de su fructífera carrera.

PRESENTACIÓN

Cuando la editorial Valdemar se planteó, a mediados del 2011, iniciar una colección dedicada específicamente a la literatura western (la colección Frontera), lo hizo con la convicción de que el western, como género narrativo, había dado a la literatura un buen número de relatos y novelas de mérito que, por su ausencia del panorama editorial español, no tenían la posibilidad de ser conocidas y disfrutadas por su público. La idea era, por tanto, recuperar para los lectores de nuestro país a los grandes clásicos de la literatura western y hacerlo en buenas ediciones; lo que conllevaba editarlos con un aspecto formal digno, buenas traducciones y una adecuada selección de títulos. Por lógica, un rescate de clásicos de esa naturaleza, puede tender a cristalizar en una colección que se parezca bastante a la lista de las mejores novelas de la historia de esta literatura. Una especie de *canon* de la narrativa western. Pero la colección Frontera no pretende configurarse como la que acoja la publicación de las mejores novelas western de todos los tiempos. No es la pertenencia a esa excelsitud literaria el único criterio vigente. Por supuesto en Frontera están y esperamos que estén bastantes de las mejores novelas y relatos de este género literario; pero también muchos de los mejores autores del género —lo que incluye a algunos que nunca llegaron a colocar una de sus novelas entre las diez mejores—; otros por ser influyentes o peculiares y, ocasionalmente, alguna que otra sorpresa más difícilmente justificable... Sí, porque a veces es agradable perturbar los cánones literarios que nos guían con alguna elección caprichosa.

El interés de la editorial Valdemar por la literatura western es muy anterior a la aparición de su colección Frontera. Ya en 1992, en la colección Avatares, Valdemar publica *Okla Hannali*, de R. A. Lafferty, lo que suponía un primer acercamiento a este tipo de narrativa. Y unos cuantos años más tarde, en 2004, en su colección Valdemar Histórica, ve la luz *Pequeño Gran Hombre (Little Big Man)*, del escritor norteamericano Thomas Berger. Y aquí sí que estamos ante una de esas novelas que configuran el canon de la literatura western. *Pequeño Gran Hombre* siempre habría estado, por muchos, por casi todos los motivos, en la lista de títulos fundamentales que Frontera debía publicar. El que todavía no formara parte de ella respondía en gran medida a que, al quedar ejemplares disponibles de la misma en Valdemar Histórica, y siendo tantos los títulos pendientes por publicar, la emigración de la novela de Berger a la nueva colección no parecía urgente... Ahora, ante la convicción de que esta excelente novela no debe faltar en la colección Frontera, un lugar que le es más propio y en el que su ausencia nos provocaba una cierta sensación de vacío, se edita de nuevo.

Thomas Berger, su autor, no es un escritor habitual de este tipo de literatura. De su veintena larga de novelas, solo en un par de ocasiones rondó por las praderas de indios, bisontes, pistoleros, sheriffs y caballería americana. Pero con su primera y casi única incursión en este género —la tercera novela de las que escribiría—, dio en el centro de la diana y firmó un gran clásico de la novela western. Hasta hace bien poco, su entrada en las enciclopedias de este género venía motivada tan solo por su *Pequeño Gran Hombre* (1964). Ahora puede sumar otra más, *The Return of Little Big Man* (1999), publicada 35 años después. Pero lo cierto es que con una sola novela conquistó ese primer nivel en un podio que comparte con Zane Grey, Louis L'Amour, Alan Le May y otros grandes. Y ni siquiera necesitó de un periodo de tiempo largo para que los ambientes

literarios reconocieran su mérito. Enseguida fue un acontecimiento literario y no solo en el específico campo del western. La novela de Berger apareció en 1964 en Estados Unidos, en 1965 en el Reino Unido; ese mismo año de 1965 aparecía la edición francesa y ya en 1968 había hasta una edición española con el título de *Memorias de un rostro pálido*, edición que es la que, quien firma ahora estas líneas, leyó hace casi mil años. Podría pensarse que esta temprana presencia de la novela de Berger en nuestras librerías se debió al formidable éxito de la película *Pequeño Gran Hombre*, protagonizada por Dustin Hoffman y dirigida por Arthur Penn... De hecho, en la sobrecubierta de la edición española suele verse a Dustin Hoffman disparando como un pistolero... una imagen evidentemente extraída de la mencionada película. Pero no. Esa sobrecubierta se añadió con posterioridad a su publicación, buscando hacer el libro más vendible al calor del éxito de taquilla del film norteamericano. La primera sobrecubierta de esa edición española de *Pequeño Gran Hombre* no tenía como motivo central a Dustin Hoffman disparando, sino, creo recordar, el dibujo del busto de un piel roja, y al fondo, como motivo principal, un fotograma en blanco y negro de una carga frontal de la caballería americana, extraída sin duda de algún film clásico, de esos «de indios», como se decía entonces. Resumiendo: el éxito internacional de la novela de Berger fue tan notable que aun antes del éxito de su versión fílmica llegó incluso a publicarse en nuestro país. Eso sí, con unos ligeros y un tanto inexplicables recortes y algún que otro cambio que la nueva traducción de 2004 para Valdemar subsanó.

Indudablemente la novela de Thomas Berger figura en lugares de privilegio en cualquiera de las guías de referencia que en Estados Unidos se elaboran sobre literatura western. Allá está junto a *El pistolero*, de Glendon Swarthout, *Bajo cielos inmensos*, de Guthrie, *Hondo*, de Louis L'Amour, *Valor de ley*, de Portis, o *Los jinetes de la pradera roja*, de

Zane Grey, por poner ejemplos de títulos abonados a comparecer en este tipo de listas. Y es que la novela de Thomas Berger aportaba, además de su indudable calidad literaria, el innovador punto de vista de un autor ajeno a las tradiciones narrativas específicamente western. Examinando, aunque sea de pasada, la dilatada, peculiar y sólida carrera literaria de Berger, podemos asomarnos a las novedades que este autor nacido en Cincinnati (Ohio) en 1924 aportaba al tratamiento literario de los mitos de la Frontera. Se graduó en la Universidad de Cincinnati, luego, durante cinco años, estudió en la Universidad de Columbia de Nueva York. Fue bibliotecario, editor asociado de revistas científicas, profesor visitante en tantas universidades que resultaría tedioso simplemente mencionar la mitad de ellas, receptor de numerosos premios literarios -incluso finalista para el Pulitzer-, logró, ya de paso, con su exigua producción western, el muy prestigioso Western Heritage Award de 1965. Autor de teatro, de guiones para la radio, ensayista y, por supuesto, narrador, tanto de relatos como de novelas. Lo mismo escribió ciencia ficción distópica que novelas de misterio o textos satíricos. La crítica literaria suele considerar emparentada su obra con la de Mark Twain, y también es frecuente comentar en esos ambientes que, cuando se encomian sus indudables logros en el campo del humor y la sátira, se minusvalora un tanto el resto de sus nada escasas virtudes literarias. Es un autor profundo, filosófico, que aborda cuestiones morales de enjundia, aunque el tono de su escritura sea aparentemente desenfadado. *Pequeño Gran Hombre* fue y sigue siendo su novela más famosa y con frecuencia se relaciona con las obras maestras de Mark Twain *Las aventuras de Tom Swayer* o *Las aventuras de Huckleberry Finn* cuando se buscan posibles antecedentes literarios. Bien, todo esto que latía en Thomas Berger como escritor, y que demostraría a lo largo de su carrera, empieza a estar ya presente en su temprana incursión literaria en el mundo del western. Para Herbert F. Smith, autor de *The Po-*

pular America Novel, 1865-1920 y de un enjundioso estudio sobre Thomas Berger, *Pequeño Gran Hombre* es «probablemente la mejor novela western que se haya escrito nunca». Bueno, ciertamente los elogios desmesurados siempre asustan y se prestan a generar posteriores decepciones, pero cada teórico tiene sus candidatos, y la apuesta de Herbert F. Smith no es, ni de lejos, la más disparatada. Y vale la pena atender, ya de paso, a la exposición de méritos que el crítico norteamericano encuentra en la novela de Berger para tenerla en tan alta estima. Para Smith, Thomas Berger realiza en *Pequeño Gran Hombre* un revelador y profundo análisis del mito del Oeste y de los mitos individuales que lo constituyen: literalmente «mata para diseccionar». Y lo hace con especial virulencia y acierto al abordar el mito del «primitivismo versus la civilización». *Pequeño Gran Hombre* sería por tanto para él un brillante «western filosófico». Poco se puede añadir después, desde el balcón de la Trascendencia, a tan atinado análisis de un experto en Berger, y no diré yo que es desacertado su juicio. En todo caso, celebremos sus lectores que un western filosófico sea, además de un análisis revelador, tan apasionante y divertido. De lo que sí me apropio ahora, con toda la desvergüenza, es del calificativo que el erudito crítico norteamericano le dedica al tratamiento que Berger da a un personaje mítico como el general George Armstrong Custer. Smith apunta que el Custer que recrea Berger en su novela tiene un carácter *luciferino*. ¡Desde luego que sí! En toda su gloria, locura y esplendor. No creo que se pueda definir mejor la personalidad del Custer que conoció y nos da a conocer en estas páginas Jack Crabb.

Como se dijo hace unos cuantos párrafos, cuando se editó en España *Little Big Man* en 1968, se eligió como título *Memorias de un rostro pálido*, que no era un mal título... pero me temo que ese acierto no fue una genialidad de la edición española. Sospecho que proviene de que la edición francesa de 1965 se tituló *Memoires d'un visage*

pâte. En fin, *Pequeño Gran Hombre* en la cubierta de un libro, antes de que existiera la película de Arthur Penn, no le hubiese dicho nada a un lector español. A fin de cuentas, la novela de Berger toma la apariencia de una autobiografía, la de Jack Crabb, un niño blanco criado entre los cheyennes. Insisto, no estaba tan mal traído el título. Sí, una autobiografía... pero no imaginemos a un viejo guerrero cheyenne, pluma en mano, escribiendo sus memorias a la puerta de su tipi. El viaje hacia el pasado se inicia cuando un desocupado coleccionista y aficionado a las antigüedades indias, Ralph Fielding Snell, tiene la oportunidad de entrevistar a un irascible anciano de más de ciento diez años que afirma ser el único superviviente blanco de la batalla de Little Bighorn. El viejo se llama Jack Crabb y afirma que ya no queda nadie que, como él, «haya participado en la gloriosa historia de la Vieja Frontera y que conociera al General Custer, a Toro Sentado, a Wild Bill, a ese hombre tan malo que fue Earp, etc. o que sobreviviera a la llamada batalla de Little Bighorn o la Última Batalla de Custer».

Pero Jack Crabb no solo fue el único superviviente blanco que puede contar lo que realmente pasó en Little Bighorn cuando llegó el final de Custer. Crabb es adoptado por los cheyennes hacia 1852, y hasta 1857 es un adolescente cheyenne. Tras llegar a convertirse en un prestigioso guerrero, volvió a ser un adolescente blanco y luego un jugador de ventaja y buscador de oro y cazador de búfalos y explorador del ejército y confidente de Custer y amigo de Wild Bill Hickok. También conoció personalmente a Calamity Jane y a Wyatt Earp y recorrió la ruta de Chisholm y estuvo en los años duros de Denver. A veces como blanco, a veces como indio, Pequeño Gran Hombre asistió a la batalla de Solomon's Fork en 1857, tuvo noticia por testimonio directo de la Matanza de Sand Creek en 1864 y participó en Washita en 1868 y en Little Bighorn en 1876. Y estuvo allí de donde ningún blanco volvió, entre los últimos soldados que murieron con Custer. Y conviene hacer hincapié en

este hecho, y en lo epatante que podía resultar para un lector norteamericano esa afirmación de Jack Crabb, ese arranque de la novela de Berger, porque recoge la tradición de que en el bando norteamericano el único ser que escapó vivo de Little Bighorn fue «Comanche», el caballo que montaba el general Custer. Pero, volviendo al asunto de Jack Crabb como testigo privilegiado de toda una época, durante esos veinticinco años que son el núcleo histórico fundamental de ese Oeste real que da sustento al Oeste de fábula, Jack Crabb estuvo en todas partes y conoció a todo el mundo.

Irascible, malhumorado, cínico y sarcástico, al tiempo que muy lúcido, el diseño psicológico del viejo Crabb va a permitir que, por su boca, Berger realice un despiadado análisis del universo mítico y real por el que éste deambuló. De aquellas personas con las que en su ficticia vida se relacionó anciano centenario, un buen porcentaje existieron realmente: Custer, Wild Bill Hickok, Black Kettle (Caldero Negro), Cuchillo Sangriento, Dos Lunas... Calamity Jane... Y Berger pone un exquisito cuidado en que se asemejen, incluso en sus características físicas, a lo que de sus vidas se conoce. El resto, los de ficción, son arquetipos representativos de las personas anónimas que conformaron ese Oeste real. El predicador y su encantadora esposa, la sobrina que llega a gran dama, el timador, el cheyenne Oso Más Joven, el *heemaneh* Pequeño Caballo... no fueron reales, pero sus equivalentes sí. Casi todos los jefes indios que se mencionan: Caldero Negro, Dos Lunas, Lobo Amarillo, Satanta, Pequeño Cuervo son reales y su existencia está bien documentada. En cuanto a cuestiones como el sistema de caudillaje y jefatura basados en el prestigio personal, las relaciones entre las diversas tribus, la existencia de sociedades guerreras y otros muchos aspectos de la vida cotidiana de los indios de las llanuras que aparecen en la novela hay que destacar el intento de evocación histórica rigurosa realizado por su autor. Eso sí, con el descreimiento sarcástico del que

siempre hace gala Berger. Y por supuesto la sociedad blanca tampoco sale bien parada. Es reconstruida, analizada y clavada en un corcho, con la misma precisión y amabilidad que pueda utilizar un coleccionista de mariposas con sus ejemplares. Pero, volviendo al nivel de elaboración del elenco de personajes, al nivel de detalle del retrato histórico, no es solo que los principales jefes indios citados en la novela existieran realmente, es que muchos personajes menores, también fueron extraídos de la historia real. El comerciante William Bent, casado con una cheyenne, y cuyos hijos mestizos, George y Charlie, lucharon en el bando indio, realmente existió; exploradores como Charley Reynolds o Cuchillo Sangriento, el auxiliar indio favorito de Custer, también están traídos hasta la novela desde la historia real. De hecho, Cuchillo Sangriento murió exactamente tal y como lo cuenta Berger aquí. También es cierto lo referido a Washita, Sand Creek y Solomon's Fork, el asalto a Julesburg o el viaje de Custer a testificar y su choque con Grant. La descripción de la batalla de Little Bighorn que Berger pone en boca de Jack Crabb responde a lo que se sabe y supone de aquel hecho histórico. Es minuciosa hasta en detalles anecdóticos como el de que, precisamente el día que muere en Little Bighorn, Custer llevaba el cabello corto en vez de su habitual larga cabellera —sobrenombre por el que le conocían los indios—, o la anécdota final, narrada por Jack Crabb, de que Caballo Loco murió asesinado mientras sujetaba sus brazos un guerrero sioux llamado precisamente como él, Pequeño Gran Hombre.

Una cuestión no menor es el relato que hace Thomas Berger del enfrentamiento bélico entre los indios de las llanuras y el ejército norteamericano. A fin de cuentas, el periodo histórico que recoge la novela va desde 1852, cuando es aniquilada la caravana en la que viaja Jack Crabb, hasta quizá un año después de la batalla de Little Bighorn en 1876. Eso es prácticamente lo que la historiografía militar norteamericana denomina «Guerras Sioux», que se inicia

con la Primera Guerra Sioux entre 1854 y 1856, a la que seguirán cinco encontronazos más entre la caballería y las tribus de las llanuras, hasta acabar con La Gran Guerra Sioux de 1876-1877. Es decir, la novela de Berger recoge casi exactamente el periodo de la Guerra contra los indios de las llanuras. Y no parece ser casual que el testimonio de Jack Crabb cubra exactamente ese periodo, más bien da la impresión de que el eje central de la novela es ese conflicto entre los estadounidenses y las tribus de las llanuras. De hecho, lo que se considera el hito inicial de estos enfrentamientos, el suceso que da comienzo a la Primera Guerra Sioux, es narrado como de pasada por un guerrero sioux, Alce Grande, en el quinto capítulo de *Pequeño Gran Hombre*. En determinado momento del mismo, varios guerreros cheyennes conversan con unos homólogos sioux que vienen como invitados a su campamento. Hablan sobre el hombre blanco. Alce Grande, un guerrero sioux, comenta: «en el fuerte había un joven jefe soldado que dijo que con diez hombres podía eliminar toda la nación shyela, y con treinta hombres, a todos los pueblos de las llanuras. Pero los minneconjuns junto con algunos oglalas, le eliminamos a él. Este que llevo en un cordel alrededor del cuello es su anillo. También tenía su dedo, pero lo perdí». Bien, unos cuantos años antes de Little Bighorn, el 21 de diciembre de 1866, durante la instalación de la línea de fuertes que debía proteger la ruta Bozeman en territorio sioux, un oficial de caballería que había alardeado de que con un pequeño destacamento de soldados se sentía capaz de atravesar todo el territorio sioux, fue conducido a una emboscada en la que murieron él y sus casi ochenta hombres a manos de los indios. No escapó nadie. Es lo que se conoce como la «Masacre de Fetterman». El mayor desastre militar yanqui en las praderas antes de Little Bighorn. En principio parecía que el comentario de Alce Grande se refería a ese episodio, bastante más oscuro que el de Little Bighorn, aunque relativamente conocido. Pero no cuadraban del todo las fechas,

puesto que la hecatombe de Fetterman tiene lugar en 1866, durante la llamada Guerra de Nube Roja, una de las diferentes fases de las Guerras Sioux, y esta conversación entre guerreros sioux y cheyennes sería anterior. Y buscando, aparece un mucho menos conocido episodio que sí cuadra con la narración de Alce Grande de la novela de Berger. Tuvo lugar unos cuantos años antes de lo de Fetterman y se la conoce como la «Masacre de Grattan», del 19 de agosto de 1854. El teniente John Grattan había alardeado de que con diez hombres podía derrotar a toda la nación cheyenne, y es aniquilado con los veintinueve hombres de su destacamento cuando se presenta en el gran campamento sioux de Oso Conquistador e intenta detener a unos sioux que habían sacrificado una vaca extraviada por un ganadero mormón. Este incidente -vaca incluida- que pone Thomas Berger como de pasada en boca de Alce Grande es considerado por algunos historiadores como el primer incidente de las Guerras contra los sioux y sus aliados. Si la intención de Thomas Berger hubiera sido asomarse mediante un testigo presencial blanco a Little Bighorn le hubiera bastado con que el señor Snell hubiera entrevistado a un anciano de noventa y uno, o incluso de noventa y cinco años. Pero lo que permite la entrevista a ese improbable anciano de ciento diez años que plantea Berger es retroceder esos quince o dieciocho años justos para poder contar como experiencia vivida el inicio de las Guerras Sioux. En cuanto al desarrollo de la contienda y sus diversas fases, sobre si Custer era un incompetente o fue traicionado por Reno y otros colegas, y demás cuestiones que encontrará en abundancia quien disfrute de la novela de Berger, mejor que opinen Jack Crabb, Pequeño Gran Hombre, Thomas Berger o los lectores. Elementos de juicio van a tener para ello.

Con frecuencia se ha calificado a *Pequeño Gran Hombre* como novela «picaresca», y tiene bastante de ese género iniciado en la España del Siglo de Oro. Su vinculación

con la obra de Mark Twain, ha sido ya comentada anteriormente. También creo que se ven precedentes de la novela de Berger en otro excelente escritor de western que fue Robert Taylor Lewis. A mí personalmente, un guiño al inicio y otro final me traen aromas de Thackeray y su *Barry Lyndon*. Parece ser que las capacidades para el humor de Thomas Berger, hacen que, por realista y filosófica que sea su novela, siempre acudan a la memoria, cuando se trata de constatar antecedentes o paralelismos, prestigiosos maestros en el campo del humor. Pero «humorístico» no es sinónimo de «bienhumorado». Que la autobiografía de Jack Crabb haya sido adobada con humor, no implica que estemos ante una novela «amable». Por momentos lo que ocurre es tan cruel como risible y Berger, parapetado tras las malas pulgas de su hijo literario Jack Crabb, suele despa-charse a gusto con reflexiones que hoy día se considerarían sumamente incorrectas. Cuando el lector finaliza *Pequeño Gran Hombre* suele quedar flotando en su semblante una leve sonrisa, y ese es uno de esos méritos admirables, casi inexplicables, que se deben a la maestría de su autor.

Alfredo Lara López

A Mary Redpath

PRÓLOGO DE UN HOMBRE DE LETRAS

Tuve el privilegio de conocer al difunto Jack Crabb —hombre de la frontera, explorador indio, pistolero, cazador de búfalos, cheyenne adoptado— en sus últimos días de vida. Tal vez no sea impropio que haga aquí un relato de mi relación con tan destacado individuo, pues hay razones de peso para creer que sin mi función catalizadora, por así llamarla, estas extraordinarias memorias no habrían visto nunca la luz del día. Confío en que tan aparentemente inmodesta afirmación quede justificada por los párrafos subsiguientes.

En el otoño de 1952, tras una operación para corregir el seno derecho desviado de mi nariz, estuve convaleciente en mi casa al cuidado de una enfermera de edad madura llamada Winifred Burr. La señora Burr era viuda, y puesto que ya ha fallecido (como consecuencia de un desgraciado accidente relacionado con su Plymouth y un camión de reparto de cerveza), no le perjudicará que la describa como una mujer rechoncha, fisgona y maliciosa. También era increíblemente fuerte y, aunque soy un hombre de cierta envergadura, cuando me lavaba me manejaba como si fuera un niño.

Debo añadir aquí, debido a la actual corriente de las confesiones literarias, que de dicho tratamiento no derivaba excitación sexual alguna. Sentía pavor por dichas abluciones, y utilizaba todos los argumentos posibles para librarme de ellas. De forma, no obstante, infructuosa. Creo que intentaba provocar que la despidiera, lo cual era un empeño autodestructivo, ya que se ganaba la vida como